

## DISCURSO DEL RECTOR

Señoras y señores Doctores, Excmo. Sr. Ministro, Excmas. e Ilmas. autoridades, queridas alumnas y queridos alumnos, señoras y señores,

Junto con la inauguración del Curso Académico en octubre, esta fiesta tradicional de Santo Tomás de Aquino es uno de los momentos que la Universidad reserva para actos simbólicos de importancia, para colación de grados académicos, para investidura de «Doctores Honoris Causa», y porque es la esencia de esta institución, para reflexionar y escuchar a los maestros que tienen cosas que decir. Por primera vez, nuestra Universidad cumple este rito incorporando a nuestro Colegio de Doctores a un hombre ejemplar, a un luchador por la democracia, a un profesor prestigioso, impulsor de la autonomía de una rama del conocimiento importante como es la Sociología del Derecho. Habéis escuchado, en la Laudatio del Doctor Eusebio Fernández, todos sus méritos, sus trabajos de investigación, su labor pionera poniendo los cimientos y abriendo nuevas fronteras en el campo de las ciencias sociales. Sólo satisfacción y orgullo puedo sentir como Rector, por el honor de haber sido el portavoz de esta Comunidad académica que le ha recibido en su seno. El profesor Renato Treves es el primer Doctor Honoris Causa de la Universidad Carlos III de Madrid, y espero que su rectitud moral, sus enseñanzas, y su cálido talante humano, sean un ejemplo a seguir por todos y especialmente por quienes están aún en el umbral de su carrera académica.

Y este acto tiene lugar en un momento de seria preocupación, provocado por la guerra en el Golfo Pérsico, aunque para nosotros también de esperanza, porque estamos construyendo un hermoso proyecto docente e investigador en esta nueva Universidad en el marco del proyecto de la nueva España democrática.

Parece un símbolo de la sociedad humana este claroscuro entre la tragedia y la esperanza, entre la vida y la muerte, y en él tenemos que desenvolvernos y existir. Ni el optimismo ingenuo de nuestros proyectos, ni el pensamiento de los profetas de catástrofes, pueden impulsar nuestra conducta. Como casi siempre el realismo abierto y responsable parece la actitud más aconsejable.

La guerra del Golfo crea estados de opinión especiales, centra la atención, y distrae del cumplimiento de los deberes ordinarios. Es razonable que una tragedia de esas dimensiones plantee dilemas morales serios, engendre perplejidad, abra polémicas, genere protestas y rompa el ritmo normal de los comportamientos y de las opiniones.

Esta casa no ha sido una excepción y es lógico porque la Universidad tiene que estar abierta a los problemas de su tiempo con talante crítico, sabiendo que, como decía Pascal, toda nuestra dignidad está en nuestra razón.

Sin entrar en valoraciones ni en exposición de criterios propios, porque hablo en nombre de toda la Universidad y del feliz pluralismo ideológico que en ella existe, me parece que se pueden describir tres datos analíticos que, a mi juicio, deben ser tenidos en cuenta al enjuiciar la situación.

En primer lugar la absoluta quiebra de las teorías clásicas de la guerra justa, de la reflexión sobre causas legitimadoras de la guerra, ahora imposibles por los efectos devastadores de las armas modernas, que no se pueden limitar a los ejércitos contendientes. Ni siquiera una guerra amparada por Naciones Unidas se puede convertir en justa, por poderosas que sean las actuales acusaciones contra el dictador iraquí. He hablado hace poco de la injusticia de la guerra justa, siguiendo una reflexión que en nuestra cultura han protagonizado en la historia Voltaire, Russell, Nagel, Bobbio, y en nuestro país Ruiz Miguel, entre otros. Las reflexiones y estudios sobre la guerra no pueden en ningún caso plantearse desde la búsqueda de una imposible legitimidad.

La toma de conciencia de esto es una conquista de la humanidad. Si ya no es posible hablar del derecho a la guerra se empiezan a abrir las puertas en el espíritu, para hablar del derecho a la paz. Hay que llamar la atención sobre una posible repercusión de todo esto para no provocar un desinterés sobre el desarrollo de las guerras que realmente se producen, y en concreto sobre la guerra del Golfo. Que todas las guerras son injustas no puede llevarnos a la conclusión de que todo vale en su desarrollo. Al contrario, la descalificación del *ius ad bellum*, debe llevarnos ante la trágica realidad de la guerra, a preocuparnos por intensificar el *ius in bello*.

La segunda observación se refiere a la escandalosa manipulación de la información en relación con la guerra, convirtiéndola en una auténtica



técnica de envilecimiento, resaltando lo poco relevante y ocultando lo importante. Estamos ante el uso permanente de la falacia en el sentido en que usa el término Bentham como «... argumento empleado o tema propuesto con el propósito de inducir a engaño, o que con toda probabilidad produzca este efecto, o el hacer que adopte una opinión errónea la persona a cuya mente se presenta el argumento...». Se nos muestra una guerra dulce, altamente tecnificada, y se nos ocultan las tragedias humanas, la imagen de la muerte, del sufrimiento y de la destrucción, y se utiliza un lenguaje persuasivo con la pretensión de generar sentimientos y emociones planificados y buscados en los receptores de las noticias. Por eso es necesario multiplicar las barreras defensivas frente a esos bombardeos, y hacer el máximo esfuerzo por asumir criterios propios, sin dejarnos influir por la manipulación de algunos medios masivos de comunicación.

Necesitamos una *wertfreiheit*, una neutralidad no ante los hechos, sino ante la forma en que se nos aparecen, para que nuestra valoración sea propia, y no inducida por los centros de planificación de la manipulación informativa. Si creemos lo que se nos cuenta nos podrá ocurrir como al enfermo de la historia que narra Kant en su trabajo «... Si el género humano se encuentra en progreso constante hacia mejor...».

«... Un médico no hacía sino consolar a su enfermo todos los días con el anuncio de la próxima curación, hoy diciéndole que el pulso iba mejor, mañana que lo que había mejorado era la excreción, pasado que el sudor era más fresco, etc. El enfermo recibe la visita de un amigo "¿Cómo va esa enfermedad?", le pregunta nada más entrar, "¡cómo ha de ir! Me estoy muriendo de mejoría..."».

Por fin, no se puede olvidar para fina formación de opinión fundada y seria, que existe en el mundo de hoy un pluralismo cultural, un perspectivismo axiológico, en virtud del cual no se valoran de manera homogénea, los hechos y los comportamientos en Europa, en el Magreb o en Irak, ni las variables institucionales o ideológicas actúan de la misma forma en un sitio o en otro.

No tiene el mismo valor la vida en una sociedad avanzada, con una vieja tradición sobre derechos humanos, que en una sociedad más fundamentalista, donde el sacrificio por motivos religiosos se entiende y se practica. Tampoco tiene el mismo valor la opinión pública, ni la misma imagen la guerra, que en unos sitios se rechaza con protestas y manifestaciones y en otros se propugna como santa, prometiéndose el paraíso a quien muera defendiendo los ideales del Islam. No es lo mismo tampoco el punto de vista de ciudadanos de países ricos, consumistas y desarrollados que el de personas acostumbradas a vivir con la escasez y la penuria, en muchos casos sin las necesidades básicas cubiertas, pese a la riqueza petrolífera

de sus países. Finalmente, es diferente el talante de pueblos acostumbrados desde hace tiempo a la guerra, como Irak o Israel, al de aquellos que desde la Segunda Guerra Mundial, hace casi cincuenta años, no la han conocido en su territorio.

Probablemente otros muchos aspectos deben ser considerados y muchos matices deben ser tenidos en cuenta en este momento de oscuridad moral en que vive la humanidad, esperando avanzar hacia horizontes de luz y de paz. Incluso mis propias palabras estarán en este tema distorsionadas por mis propias limitaciones culturales.

Me parece que nada de esto debe ser, sin embargo, un pretexto o una ocasión para que dejemos de cumplir con nuestro deber como profesores, como estudiantes, ni para que esta Universidad detenga sus proyectos de desarrollo y de extensión.

Hay que superar esa tentación tan humana de dejarnos llevar por el sordo y confuso rumor de los males del mundo, como desactivador de nuestro compromiso moral y de nuestra vocación, y pensar que todo vale, y que debemos abandonar toda esperanza, como si estuviéramos a la puerta del infierno.

Espero que los profesores de esta Universidad mantengan la tensión intelectual y el esfuerzo docente e investigador, del que podemos estar hasta ahora tan orgullosos. Espero que los estudiantes valoren su tiempo de trabajo, la necesidad de mantener sus clases, que valoren también los medios puestos a su disposición para una formación cuidada y distinta, desde los planes de estudio, hasta las prácticas externas, pasando por las tutorías, los horarios, los métodos de trabajo, etc.

Espero, por fin, que los proyectos en los que estamos embarcados, la puesta en marcha definitiva del Campus Politécnico de Leganés, y de su Parque Tecnológico, las nuevas titulaciones en Ingeniería, en Trabajo Social, y en Gestión y Administración Pública, los nuevos edificios de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas del Campus de Getafe, las viviendas y residencias para estudiantes y profesores, los proyectos de nuevos Campus y de nuevas Facultades para los próximos años, la cooperación con la sociedad y con la empresa, la puesta en marcha de nuestra Fundación, se perfeccionen y arraiguen definitivamente, dando a esta Universidad el perfil identificador de una Universidad Pública eficaz y de calidad, abierta a la realidad y a los problemas de nuestro tiempo, crítica y cooperadora con el proyecto de desarrollo democrático de España y de los valores que nuestra Constitución establece.

Hemos escuchado la voz de un maestro, el profesor Treves, al que agradezco en nombre de todos su lección magistral, y hemos conmemorado juntos, con nuestros invitados y amigos, con las instituciones y con la

sociedad a las que servimos, como ayuntamiento de profesores y alumnos, este día de la Universidad, en esta década de los noventa que se inicia con signos negativos y pesimistas, y que espero podamos superar con el esfuerzo de todos. Pido, como Rector, que desde este lugar infinitamente pequeño en un contexto de dimensiones infinitamente grandes, contribuyamos a ello con nuestro trabajo, con el ejercicio de la razón crítica y con el compromiso por la paz, por la libertad igualitaria, por la tolerancia y por la solidaridad.

Muchas gracias